



La quinta víctima

J. D. Barker



DESTINO

La quinta víctima

J. D. Barker

Traducción de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1468

Título original: *The Fifth to Die*

© J. D. Barker, 2018

© por la traducción, Julio Hermoso, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-233-5568-6

Depósito legal: B. 8.949-2019

Composición: Pleca digital, S. L. U.

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Porter

Día 1 – 20:23

Oscuridad.

Se arremolinaba a su alrededor, profunda y espesa, y devoraba la luz sin dejar nada salvo un vacío impenetrable. Una neblina le estrangulaba el pensamiento; las palabras intentaban juntarse, trataban de formar una frase coherente, encontrar un sentido, pero en cuanto parecía que iban a tocarse, algo se las tragaba y desaparecían sustituidas por una sensación de miedo cada vez mayor, una sensación de pesadez: su cuerpo se hundía en las turbias profundidades de unas aguas olvidadas mucho tiempo atrás.

Olor a humedad.

A moho.

A mojado.

Sam Porter quería abrir los ojos.

Tenía que abrirlos.

Se le resistían, sin embargo, bien cerrados.

Sentía unas fuertes punzadas de dolor en la cabeza.

Un doloroso latido detrás de la oreja derecha... y también en la sien.

—Intente no moverse, Sam. No quisiera que se marease.

La voz sonaba lejana, amortiguada, conocida.

Porter estaba tumbado.

Un acero frío bajo las yemas de sus dedos.

Recordó entonces el pinchazo. Una aguja que se clavó con rapidez en la base del cuello, y el líquido frío que corrió bajo su piel, en el músculo; y después...

Porter se obligó a abrir los ojos ante la firme oposición del peso de los párpados. Secos, ardiendo.

Intentó frotárselos, estiró la mano derecha y sintió un tirón que la hizo retroceder al tensarse la cadena que tenía en la muñeca.

Se le cortó la respiración e hizo un esfuerzo para incorporarse; y le dio vueltas la cabeza cuando la sangre se le bajó de golpe. Casi se cae de espaldas.

—Eh, Sam, despacio. El efecto de la etorfina se le pasará enseguida ahora que está despierto. Dele tan sólo un minuto.

Una luz parpadeó y se encendió, un halógeno deslumbrante que le apuntaba directo a la cara. Porter guiñó los ojos, pero se negó a apartarlos, clavados en el hombre que estaba junto al foco, una silueta difusa, en la sombra.

—¿Bishop? —Apenas reconoció su propia voz, la seca ronquera que tenía.

—¿Cómo le va, Sam? —La sombra avanzó un paso a su derecha, le dio la vuelta a un cubo vacío de veinte litros de pintura y se sentó.

—Quítame esa maldita luz de los ojos.

Porter dio un tirón de la cadena de la muñeca, y el otro extremo de las esposas traqueteó enganchado a una tubería gruesa, de agua o quizá de gas.

—¿Qué cojones es esto?

Anson Bishop alargó la mano hacia la luz y la giró un poco a la izquierda. Un foco de obra montado en una especie de soporte. La luz daba ahora sobre una pared de bloques de hormigón ligero con un calentador de agua en el extremo opuesto, junto a un viejo conjunto de lavadora y secadora.

—¿Mejor?

Porter pegó otro tirón de la cadena.

Bishop lo miró con una sonrisa de medio lado y se encogió de hombros.

La última vez que Porter lo había visto tenía el pelo muy corto y de color castaño oscuro. Ahora lo llevaba más largo y más claro, alborotado. Una barba de tres o cuatro días le afeaba la cara. No había rastro de su atuendo informal de trabajo, sustituido por unos vaqueros y una sudadera con capucha de color gris oscuro.

—Tienes una pinta algo descuidada —dijo Porter.

—Tiempos de necesidad.

Lo que no podía cambiarse eran los ojos, la frialdad que había en ellos.

Sus ojos no cambiaban nunca.

Bishop se sacó una cucharilla del bolsillo de atrás, una cuchara de pomelo, y la giró distraído entre los dedos; la luz destellaba en el filo dentado del cubierto.

Porter no prestó atención al utensilio. Bajó en cambio la mirada y dio unos toquitos con el índice en el metal que tenía debajo.

—¿Es el mismo tipo de camilla que usaste para encadenar a Emory?

—Más o menos.

—¿No diste con un catre o qué?

—Los catres se rompen.

Un charco de color rojo oscuro asomaba bajo la camilla, una buena mancha en el inmundo suelo de cemento. Porter no preguntó por aquello. Los dedos se le quedaron pegajosos después de tocar el metal por debajo. Tampoco preguntó por esto. Unas cuantas estanterías cubrían la pared a su izquierda, llenas de material de pintura de todas clases: latas, brochas, lonas. El techo estaba hecho de madera, tablones de cinco por quince separados unos cuarenta centímetros. Los huecos quedaban rellenos por un cableado eléctrico a la vista, tuberías de agua y conductos de aire.

—Esto es el sótano de una vivienda. No es una casa muy grande, pero sí vieja. Esa tubería que tienes sobre la cabeza está envuelta en amianto, así que no te recomiendo que la mordisquees. Me imagino que será un sitio abandonado, porque esa luz que tienes ahí está enchufada a un alargador que sube hasta... ¿qué, algún tipo de batería? No es un generador. Eso lo oiríamos. No has usado ninguno de esos enchufes de la pared, y eso me dice que aquí no hay suministro eléctrico. Además, hace un frío de pelotas. Me veo el aliento, así que tampoco hay calefacción. Eso me indica que es una casa abandonada. Nadie se la juega con las tuberías por si se congelan.

Aquello pareció complacer a Bishop, y los labios se le curvaron en una leve sonrisa.

—De pared a pared, es una casa bastante estrecha —pro-

siguió Porter—. Eso me sugiere una *shotgun*.^{*} Teniendo en cuenta que no elegirías uno de los barrios más de moda donde los residentes tienen su Starbucks, internet y acostumbran a avisar a la policía cuando ven a un delincuente conocido, yo diría que es más probable que te hayas quedado en el West Side. Quizá en algún sitio como la calle Wood, donde hay un montón de casas vacías.

Porter buscó su arma con la mano libre, bajo el abrigo grueso, pero sólo encontró la cartuchera vacía. Su teléfono móvil también había desaparecido.

—Siempre haciendo de poli.

Desde el apartamento de Porter en Wabash, la calle Wood estaba a no menos de quince minutos en coche y sin tráfico, y Sam se hallaba a una manzana de su edificio cuando sintió el pinchazo en el cuello. Por supuesto, aquello no era más que lo que él se imaginaba, pero Porter quería que Bishop siguiera hablando. Cuanto más hablase, menos pensaría en esa cuchara.

El dolor punzante que Porter sentía en la cabeza se le trasladó detrás del ojo derecho.

—¿Es que no va a tratar de convencerme de que me entregue, de que puede conseguir que me libre de la pena de muerte si coopero?

—No.

Esta vez Bishop sí sonrió.

—Oiga, ¿quiere ver una cosa?

Porter le habría dicho que no, pero sabía que daba igual lo que dijese. Aquel hombre tenía un plan metido en la cabeza, un objetivo. Secuestrar en plena calle a un detective de la Metropolitana de Chicago no era un riesgo que uno asumiese sin una buena razón.

Notaba su llavero en el bolsillo delantero derecho. Bis-

^{*} Vivienda unifamiliar por lo general de una planta, estrecha y alargada, y con las habitaciones distribuidas una detrás de otra, sin pasillos, de forma que para llegar a la última hay que atravesar antes todas las demás. Fueron muy populares principalmente en el sur de Estados Unidos hasta los años veinte y se convirtieron en un símbolo de pobreza a mediados del siglo XX. (*N. del t.*)

hop se lo había dejado al quitarle el arma y el móvil. Tenía una llave de esposas en ese llavero, y la mayoría de ellas se abría con la misma. Cuando Porter era un novato, le contaron que el motivo era que la persona que esposaba al sospechoso probablemente no fuera la misma que se las quitara después. Era fácil que se trasladase dos o tres veces a un detenido mientras lo fichaban. Con eso presente, les enseñaron a confiscar las llaves durante los cacheos, todas las llaves. Cualquier criminal que se dignara de serlo llevaría su propia llave de esposas ante la posibilidad de que a algún novato se le olvidase comprobarlo. Porter tendría que sacarse el llavero del bolsillo derecho, conseguir alcanzarlo de alguna manera con la mano izquierda, abrir las esposas y reducir a Bishop antes de que éste pudiese recorrer el metro y medio que los separaba.

No parecía que el joven tuviese ningún arma, sólo una cuchara.

—Mirada al frente, Sam —dijo Bishop.

Porter se volvió hacia él.

Bishop se levantó y cruzó el sótano hasta una mesita que había junto a la lavadora. Regresó a su asiento con una cajita de madera sobre la que descansaba la Glock de Porter. Dejó el arma en el suelo, a su lado, abrió con el pulgar el cierre de la caja y levantó la tapa.

Seis globos oculares miraron fijamente a Porter desde el forro de terciopelo rojo del interior.

Las últimas víctimas de Bishop.

La mirada de Porter descendió hacia el arma.

—Mirada al frente —repitió Bishop con un leve carcajeo.

Aquello no encajaba. Bishop siempre seguía el mismo patrón. Les quitaba las orejas a sus víctimas, después los ojos y, a continuación, la lengua, y enviaba cada parte del cuerpo a la familia con una nota dentro de una cajita blanca atada con un cordel negro. Siempre. Nunca se apartaba de eso. No se guardaba trofeos. Se convencía de estar castigando a la familia por algún mal que había cometido. La venganza de un justiciero retorcido. Pero nunca se guardaba los ojos. Nunca se guardaba los...

—Será mejor que empecemos.

Bishop pasó la mano con ternura sobre la caja, en una caricia; la dejó en el suelo junto a la pistola y sostuvo la cuchara en alto, a la luz.

Porter rodó para bajarse de la camilla y soltó un grito cuando el metal de las esposas le rasgó la piel de la muñeca y la tubería respondió con un tirón. Intentó no hacer caso al dolor y se metió con torpeza la mano izquierda en el bolsillo derecho del pantalón para sacar las llaves al tiempo que de una patada empujaba a la camilla hacia Bishop. Sus dedos se deslizaron sobre las llaves a la vez que Bishop esquivaba la camilla y soltaba la pierna, que impactó en la espinilla izquierda de Porter. Al detective le falló la rodilla y cayó al suelo, las esposas de su brazo derecho se agarraron a la tubería y le dieron un tirón lo bastante fuerte como para dislocarle el hombro.

Antes de que pudiese reaccionar, sintió el pinchazo de otra aguja, esta vez en el muslo. Intentó mirar hacia abajo, pero Bishop lo agarró del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás.

La consciencia comenzó a desvanecerse. Porter luchó contra ello, luchó con todas sus fuerzas. Luchó el tiempo suficiente para ver que la cucharilla de pomelo se le acercaba al ojo izquierdo, lo suficiente para sentir que el borde dentado de la cucharilla le cortaba los tarsos del párpado por debajo del globo ocular cuando Bishop la metió a la fuerza en la cuenca del ojo, lo suficiente para...

—¿Estaba buena?

Porter se incorporó de golpe en el asiento, y el cinturón de seguridad lo retuvo. Respiró hondo mientras sacudía la cabeza a un lado y a otro, y su mirada acabó en Nash, sentado al volante.

—¿Qué? ¿Quién?

Nash sonrió con cara burlona.

—La tía de tu sueño. Estabas gimiendo.

Seis globos oculares.

Porter, aún desorientado, se dio cuenta de que iba en el asiento del acompañante del Chevy de Nash, un viejo Nova

del 72 que se había buscado hacía ya dos meses, cuando su querido Ford Fiesta se puso a petardear y murió en la 290 a las tres de la madrugada y lo obligó a llamar a la jefatura de policía para que enviasen a alguien a recogerlo después de no haber podido localizar a Porter.

Sam miró por la ventanilla. Estaba cubierta de una fina capa de hielo y de mugre de la carretera.

—¿Dónde estamos?

—En Hayes, llegando al parque —respondió Nash mientras ponía el intermitente—. A lo mejor deberías pasar de éste.

Porter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estoy bien.

Nash giró a la izquierda y entró por el camino de acceso con la nieve recién retirada y un baile de luces rojas y azules rebotando en los árboles oscuros a su alrededor.

—Han pasado cuatro meses, Sam. Si aún te cuesta dormir, deberías hablar con alguien. No tengo por qué ser yo, ni Clair..., alguien, sólo eso.

—Estoy bien —repitió Porter.

Dejaron a la derecha un campo de béisbol, olvidado durante el invierno, y continuaron adentrándose entre los árboles desnudos. Más adelante había más luces: media docena de vehículos, tal vez más. Cuatro coches patrulla de agentes de uniforme, una ambulancia, una furgoneta del cuerpo de bomberos. Había una fila de focos grandes en la orilla del lago, y varios calefactores de propano desperdigados por la zona acordonada con cinta amarilla para el escenario de un crimen.

Nash detuvo el coche detrás de la furgoneta, echó el freno de mano y apagó el motor, que petardeó un par de veces, como si se estuviese preparando para una detonación de escándalo antes de guardar silencio por fin. Porter se fijó en que varios agentes se los quedaron mirando cuando se bajaron del coche y salieron al gélido aire del invierno.

—Podríamos haber venido en mi coche —le dijo Porter a Nash entre el crujido de sus botas en la nieve recién caída.

Porter tenía un Dodge Charger de 2011.

La mayoría de sus compañeros de trabajo se refería a ese vehículo como «el coche de la crisis de los cincuenta» de Porter: había sustituido a un Toyota Camry dos años antes, en su quincuagésimo cumpleaños. La difunta esposa de Porter, Heather, le compró el deportivo para darle una sorpresa después de que les destrozasen el Toyota y lo dejaran tirado en una de las zonas menos «agradables» de la ciudad para la policía, en el South Side. Porter fue el primero en reconocer que sentarse al volante le quitaba varios años de encima a su edad subconsciente, pero, sobre todo, aquel coche le arrancaba una sonrisa.

Heather le preparó la tarta de cumpleaños con la llave metida dentro, y él casi se parte un diente al encontrarla.

Su mujer lo llevó escaleras abajo con los ojos vendados, lo sacó a la calle, delante de su apartamento, y le cantó el «Cumpleaños feliz» con una voz que tendría muy pocas posibilidades de abrirle las puertas de *American Idol*.

Porter pensaba en ella cada vez que se subía en el coche, pero le daba la sensación de que cada vez eran menos y menos las cosas que le recordaban a ella en esos tiempos, notaba que su rostro se le iba volviendo poco a poco más borroso en su imaginación.

—Tu coche es parte del problema. Siempre vamos en tu coche, y mi querida Connie se pasa los días pudriéndose en la puerta de mi casa. Conducir esta joya me recuerda que la quiero restaurar, y si me acuerdo de que la quiero restaurar, quizá llegue de verdad a sacarla del garaje y me ponga manos a la obra.

—¿Connie?

—Los coches deberían tener nombre.

—No, de eso nada. Los coches no deberían tener nombre, y tú no tienes la menor idea de cómo restaurarla..., restaurarlo..., lo que sea. Lo que yo creo es que te llevaste a casa ese cacharro, y la primera vez que agarraste una llave inglesa te diste cuenta de que no habrías terminado con él en cuarenta y tres minutos como esos tíos de *Overhaulin'* —dijo Porter.

—Ese programa es una mierda. Deberían decirte cuánto se tarda de verdad.

—Podría ser peor. Al menos no te has enganchado al canal HGTV y te has convencido de que eres capaz de especular revendiendo las casas que reformas en tu tiempo libre.

—Eso es cierto. De todas formas, esa gente se liquida la casa en veintidós minutos con un beneficio enorme respecto de su inversión —respondió Nash—. Si me hiciera una o dos casas, podría pagar a alguien para que me restaurase el coche. Eh, ahí está Clair...

Pasaron por debajo de la cinta amarilla de la policía y se dirigieron hacia el borde del lago. Clair estaba de pie junto a uno de los calefactores, con el móvil pegado a la oreja. Cuando los vio, les hizo un gesto con el mentón para señalarles la orilla y tapó el micrófono:

—Creemos que se trata de Ella Reynolds —les dijo antes de volver a su conversación.

A Porter se le cayó el alma a los pies.

Ella Reynolds era una chica de quince años que había desaparecido después de clase cerca de Logan Square tres semanas atrás. La última vez que la vieron fue al bajarse del autobús a dos manzanas de su casa. Sus padres no tardaron un instante en denunciar su desaparición, y las alertas de búsqueda se emitieron una hora después de que la echasen en falta. De poco sirvió. La policía no había recibido ni una sola pista que mereciese la pena.

Nash echó a andar hacia el borde del agua, y Porter lo siguió.

El lago estaba helado.

Había cuatro conos naranjas en medio del hielo, unidos con cinta amarilla formando un rectángulo. Habían retirado la nieve.

Porter probó a poner el pie en el hielo esperando oír un crujido revelador bajo sus pies. Daba igual cuántas huellas de botas hubiese dispersas por la superficie congelada del lago, siempre se ponía nervioso cuando esas botas eran las suyas.

Cuando Porter se aproximó más, la chica apareció ante sus ojos. El hielo era transparente como un cristal.

A través de la superficie, la joven clavaba en él su mirada vacía.

Tenía una horrible palidez en la piel, con un tono azula-

do salvo en aquellos ojos. Allí tenía un tono morado oscuro. Los labios estaban separados como si estuviera a punto de decir algo, unas palabras que no pronunciaría jamás.

Porter se arrodilló para verla mejor.

La chica llevaba puesto un abrigo rojo, vaqueros negros, un gorro blanco de lana con los guantes a juego y lo que parecían unas zapatillas deportivas de color rosa. Tenía los brazos extendidos a ambos lados, y las piernas flexionadas bajo el resto del cuerpo de forma que desaparecían en la oscuridad del agua. En condiciones normales, el agua hinchaba los cadáveres, pero con aquellas temperaturas, el frío solía conservarlos. Porter los prefería hinchados. Si tenían un aspecto menos humano, a él le resultaba más fácil procesar lo que estaba viendo: le afectaba menos.

Esa chica tenía el aspecto de ser la pequeña de alguien, sola e indefensa, durmiendo bajo un manto de cristal.

Nash se quedó de pie detrás de él, estudiando con la mirada los árboles que había al otro lado del agua.

—Aquí fue donde se celebró la Exposición Universal de 1893. En el otro extremo del lago, en toda esa zona de árboles de allí, antes había un jardín japonés. Mi padre me traía de pequeño. Me decía que todo esto se fue a la mierda durante la Segunda Guerra Mundial. Creo haber leído en alguna parte que han conseguido dinero para restaurarlo en primavera. ¿Ves todos esos árboles marcados? Van fuera.

Porter siguió la dirección de la mirada de Nash. El lago se dividía en dos canales —este y oeste— que rodeaban una pequeña isla. Muchos de los árboles de Wooded Island tenían atadas cintas de color rosa. Había un par de bancos en la orilla opuesta, cubiertos de una fina capa de color blanco.

—¿Cuándo crees tú que se congela esto?

Nash se lo pensó un segundo.

—A finales de diciembre, quizá, o a primeros de enero. ¿Por qué?

—Si ésta es Ella Reynolds, ¿cómo se ha metido debajo del hielo? Desapareció hace tres semanas. Para entonces, esto tenía que estar ya más congelado y más duro que una piedra.

Nash buscó una foto reciente de Ella Reynolds en el móvil y se la mostró a Porter.

—Parece ella, pero quizá no sea más que una coincidencia..., quizá se trate de otra chica que se cayó al agua cuando esto no estaba aún tan congelado.

—Pero se parece muchísimo.

Clair se acercó a ellos, se echó el aliento en las manos y restregó una contra otra.

—Estaba hablando con Sophie Rodríguez, de Menores Desaparecidos. Le he enviado una foto y me jura que ésta es Ella Reynolds, pero que la ropa no cuadra. Dice que Ella llevaba un abrigo negro cuando desapareció. Tres testigos lo corroboran y la sitúan en el autobús con un abrigo negro, no rojo. Ha llamado a la madre de la chica, que ha dicho que su hija no tiene un abrigo rojo ni un gorro blanco ni unos guantes blancos.

—De manera que o bien ésta es una chica completamente distinta, o bien alguien le ha cambiado la ropa —dijo Porter—. Estamos a no menos de veinticinco kilómetros de donde desapareció Ella.

Clair se mordía el labio inferior.

—El forense tendrá que confirmar la identidad.

—¿Quién la ha encontrado?

Clair señaló hacia un coche patrulla en el perímetro exterior.

—Un niño y su padre..., el chaval tiene doce años. —Miró las notas en su móvil—. Scott Watts. Había venido con su padre a ver si los lagos estaban lo bastante helados para aprender a patinar. El padre se llama Brian. Ha dicho que su hijo ha quitado la nieve y ha visto parte del brazo de la chica. El padre le ha dicho al niño que retrocediese y se ha puesto a quitar un poco más de nieve, lo bastante para confirmar que se trataba de una persona, y entonces ha llamado a emergencias. Eso ha sido hace una hora, más o menos. La llamada se ha recibido a las siete y veintinueve. Los he metido en un coche patrulla, por si acaso querías hablar con ellos.

Porter rascó el hielo con el índice y echó un vistazo a lo largo de la orilla. Dos agentes del laboratorio de Criminalística aguardaban a su izquierda y miraban a los tres policías con recelo.

—¿Quién de ustedes dos ha despejado esta zona? —les preguntó.

Levantó la mano la más joven de los dos, una mujer que aparentaba unos treinta años, de cabello rubio y corto, con gafas y un grueso abrigo de color rosa.

—He sido yo, señor.

Su compañero se movía inquieto. Parecía unos cinco años mayor que ella.

—Yo lo he supervisado. ¿Por qué?

—¿Nash? ¿Me pasas eso de ahí? —Le señaló una brocha de cerdas blancas y largas que descansaba sobre el equipo de trabajo de los agentes de criminalística.

Porter hizo un gesto para que se acercaran los dos agentes.

—No pasa nada, no suelo morder a nadie.

Allá por el mes de noviembre, Porter se reincorporó antes de tiempo tras una baja laboral que le obligaron a cogerse cuando su mujer murió asesinada en el atraco a una tienda de ultramarinos cerca de su casa. Él quería seguir trabajando, principalmente porque el trabajo lo mantenía distraído y le quitaba de la cabeza lo que había pasado.

Los días que siguieron a la muerte de su mujer, cuando Porter se encerró en el apartamento donde vivían juntos, fueron los peores. Había recordatorios por todas partes.

El rostro de Heather lo miraba desde las fotos que había en casi todas las estanterías. Su olor estaba en el ambiente... La primera semana, no podía dormir a menos que extendiese algunas prendas de ropa de su mujer sobre la cama. Se quedaba sentado en aquel apartamento y no pensaba en nada salvo en lo que le haría al tío que la había matado, unos pensamientos que él no quería tener en la cabeza.

Al final, fue el Cuarto Mono quien lo sacó de aquel apartamento.

Fue también el CM quien se vengó del hombre que había matado a la mujer de Porter. Y el CM era la razón de que personas como aquellos dos agentes del laboratorio de Criminalística se comportaran de ese modo tan extraño cuando estaban cerca de él. No era intimidación exactamente, sino más bien un respeto reverencial.

Fue él quien permitió que el CM se metiese en la investigación disfrazado de técnico de Criminalística. Él era el policía al que el CM había apuñalado en su propia casa.

Él fue el policía que atrapó al asesino en serie y lo dejó escapar.

Habían pasado cuatro meses, y todos hablaban del tema, pero no con él.

Los dos técnicos se aproximaron.

La mujer se agachó a su lado.

Porter utilizó la brocha para apartar la nieve más próxima a la orilla y la de los bordes exteriores que ya habían despejado con anterioridad. Una vez ampliado el círculo otros sesenta centímetros, dejó la brocha y pasó la palma de la mano sobre el hielo, partió del centro y la fue desplazando poco a poco hacia el exterior, hacia el borde. Se detuvo a unos diez centímetros de la nieve.

—Ahí. Palpe eso.

La joven investigadora se quitó el guante y siguió la mano de Porter, con vacilación, rozando el hielo con las yemas de los dedos.

Se detuvo a unos dos centímetros y medio de la mano del detective.

—¿Lo nota?

La mujer asintió.

—Hay un pequeño escalón. No muy grande, pero está ahí.

—Siga su perímetro. Márquelo con esto. —Le entregó un rotulador.

Un minuto después, la agente había dibujado un cuadrado perfecto sobre el cadáver, con otros dos cuadrados más pequeños, de unos diez centímetros de ancho, que sobresalían a cada lado.

—Supongo que esto es la respuesta —dijo Porter.

Nash frunció el ceño.

—¿Qué es esto que tenemos delante?

Porter se puso en pie y ayudó a la mujer a levantarse.

—¿Cómo se llama?

—Agente de Criminalística Lindsay Rolfes, señor.

—Agente Rolfes, ¿puede explicar qué significa esto?

La mujer se lo pensó un segundo en el que sus ojos pasaron disparados de Porter al hielo y de vuelta. Entonces lo comprendió.

—El lago estaba congelado. Alguien cortó el hielo, quizá con una sierra mecánica sin cable, y después metió a la chica en el agua. Si se hubiera caído ella, la fractura del hielo sería irregular, y no un cuadrado como éste. Pero esto no tiene sentido...

—¿Qué?

Rolfes frunció el ceño, metió la mano en su equipo, sacó un taladro sin cable, le puso una broca de dos centímetros y medio e hizo dos agujeros, uno fuera de la línea que había dibujado y el otro cerca del cadáver. Midió entonces con un metro la profundidad de ambos desde la superficie hasta el agua.

—No lo entiendo... La chica está por debajo de la línea de congelación.

—No le sigo —dijo Clair.

—Que lo rellenaron con agua —dijo Porter.

Rolfes asintió.

—Sí, pero ¿por qué? Podían haber hecho el agujero y empujar el cadáver por debajo del hielo existente, y después dejar que el agujero se volviese a congelar de forma natural. Eso habría sido mucho más fácil y más rápido. La chica habría desaparecido, tal vez para siempre.

Clair suspiró.

—¿Nos lo podríais explicar a los que no fuimos a clase de agujeros en el hielo para torpes?

Porter hizo un gesto para reclamar el metro y Rolfes se lo entregó.

—El hielo en esta parte tiene un grosor de al menos diez centímetros. La línea del agua se puede ver aquí. —Señaló la marca en el metro—. Si cortases aquí un cuadrado de hielo y lo quitases, habría un escalón de diez centímetros desde la superficie del hielo hasta el agua. Digamos que metes entonces el cadáver de la chica por el agujero, que el cuerpo se hunde, y quieres hacer que el agujero desaparezca. Sólo hay una forma de conseguirlo. Tendrías que esperar a que se congelara el agua alrededor de ella, al menos una capa fina, y después rellenar el agujero con más agua, hasta la superficie del hielo, para nivelarlo.

—Tardaría no menos de dos horas en congelarse —dijo

Rolfes—. Quizá algo menos con las temperaturas que hemos tenido últimamente.

Porter asentía.

—Siguió añadiendo agua hasta que su hielo nuevo tuvo la misma altura que el de alrededor. Nuestro sujeto desconocido tiene paciencia. Esto le llevó mucho tiempo. —Se volvió hacia el supervisor del laboratorio de Criminalística—. Vamos a necesitar el hielo. Todo el que hay sobre ella, y al menos unos centímetros alrededor del cuadrado. Hay muchas posibilidades de que quedara algún resto en el agua mientras se congelaba. Nuestro sujeto permaneció aquí mucho tiempo.

El supervisor puso cara de estar a punto de protestar, pero asintió a regañadientes. Sabía que Porter tenía razón.

La mirada de Porter volvió a dirigirse hacia la maraña de árboles del otro lado del agua.

—Lo que no entiendo es por qué quien fuera que hiciese esto no la dejó allí tirada. Traer aquí un cadáver a rastras, a cielo abierto, tomarse tiempo para cortar el hielo, rellenarlo, esperar a que se congele... es un riesgo enorme. El sujeto podría haber cruzado el puente con ella a cuestas y haberla dejado al otro lado, en cualquier parte, y nadie la habría descubierto hasta la primavera, cuando empezasen a trabajar allí. En cambio, se pasa horas escenificando esto y colocándola en el agua cerca de una zona con mucho tráfico. Se arriesga a que lo atrapen. ¿Por qué? ¿Para dar la impresión de que la chica lleva aquí mucho más tiempo del que ha estado en realidad? Tenía que saber que lo descubriríamos.

—Los cadáveres no flotan —señaló Nash—. Se hunden, al menos durante unos días. Miradla. Está perfectamente conservada. Todavía no tengo muy claro cómo es que está flotando.

Porter pasó el dedo por el borde del cuadrado y se detuvo al llegar a uno de los dos cuadrados laterales, más pequeños. Agachó el rostro hasta el hielo y observó a la chica desde un lado.

—No me fastidies.

—¿Qué? —se inclinó Rolfes.

Porter pasó la mano por el hielo, sobre los hombros de la chica. Cuando dio con lo que estaba buscando, cogió la mano

de Rolfes y la puso encima. La agente le miró, y los ojos se le empezaron a agrandar conforme los dedos se le hundían ligeramente en el hielo. Rolfes alargó la mano hacia el mismo sitio en el otro lado.

—Evitó que se hundiese colocando algo sobre el agujero. Probablemente un trozo de un tablón de cinco por diez, a decir de estas marcas, luego le rodeó el cuerpo con un cordel o una cuerda fina a la altura de los hombros y lo ató al tablón mientras se congelaba el agua de relleno. Cuando terminó, cortó el cordel. Aún se notan los bultos aquí, en el hielo. Queda lo bastante para mantenerla cerca de la superficie. Si se mira a través del hielo en el ángulo apropiado, aún se ve la cuerda fina.

—¿Quería que alguien la encontrara? —dijo Clair.

—Quería causar impacto en caso de que alguien la encontrase —respondió Porter—. Se ha tomado muchas molestias al escenificar esto para que parezca que la chica se congeló hace meses bajo la superficie del lago aunque en realidad sólo lleve aquí apenas unos días en el mejor de los casos, quizá menos. Tenemos que averiguar por qué.

—El tío está jugando con nosotros —dijo la agente Rolfes—, retorciendo la escena del crimen para que encaje en algún tipo de argumento.

Dos de los instintos más fuertes que hay en la condición humana son el de supervivencia y el miedo. Porter no tenía muy claro que quisiera llegar a conocer al hombre que carecía de ambos.

—Sacadla de ahí —dijo por fin.